

Discurso del marmitako

Por José María DE AREILZA

(Conde de Motrico)

Hemos comido, amigos, en el marmitako, uno de los platos originales de nuestra mar cantábrica. En la riquísima variedad de los guisos nacionales hay dos o tres que son invento y condimento de trabajadores en su faena. Así, el gazpacho, sopa fría vitamínica para reponer el esfuerzo de los segadores andaluces. Así el marmitako, sopa caliente y energética para rematar la fatiga de los pescadores del atún. Tiene esta marmita marinera —a la que el nomen de nuestro inolvidable Pedro Egúillor dedicó famoso verso— el regusto del tónico fresco que todavía sabe al mar batido y profundo de donos pale. Nos trae el mensaje de las aguas violentas que son temporal y galería, a veces, y que en gran parte condicionan la vida, las costumbres y el clima del país. El vascongado no es solamente hombre de mar, por el mar que es el centro del universo que define nuestra costa, como le llamó el poeta, nuestra condición sería distinta. Al unirnos hoy, en torno a la mesa, para comer en amistad y dialogar en torno a las ollas humeantes del bonito, hemos sentido, en cierta medida, pescadores del cantábrico. En un alto a nuestras faenas habituales, buscamos refuerzo y estímulo para nuevas singladuras. Estamos hoy aquí, como en el soldado de un buque, contando nuestros platos, discutiendo nuestros proyectos, examinando el rumbo del futuro inmediato que a todos apasiona y a todos alcanza y rindiendo homenaje de afecto a un entrañable amigo que rige desde hace pocas semanas el Ministerio de Justicia por decisión de nuestro Jefe del Estado, que, al hacerlo, ha honrado al país vasco entero, con ese nombramiento.

La pesca es uno de nuestros más antiguos y honrados oficios. Pesca el vascongado desde que nace a la historia en el albor del cuaternario. Sale a la mar en balsas, en piraguas, en esquifes primitivos, desde sus poblados neolíticos, desde sus cuevas de la costa como las situadas en la ría del Deva junto a la curva de As-tigarrilla. Cuando la artesanía naval construye barcos de mayor tamaño, el vasco se lanza a la mar cantábrica y bautiza con su nombre todo el golfo. Pesca atunes, bacalao, besugo, sardina, pero sobre todo bonito, la pesca codiciada que es un tesoro de grasa para la iluminación y el alimento y que comparte en Guipúzcoa con el Rey, en Vizcaya con el Señor. Los balleneros se adelantaron en el mar tenebroso al alba del Finis-terre y llegan a Terranova, a Groenlandia, descubren, sin saberlo, América antes que Colón. Todo el instrumental es de origen doméstico en el arte de su navegación. Robles y hayas trabajados para las cuadernas y los remos. Lino hilado para sus velachos. Cáñamo y esparto trenzados para sus cuerdas y redes. Hierro forjado para las anclas y las flechas de sus arpones. El resto es corazón, bravura y conocimiento. La tradición oral de los navegantes se enriquece con la experiencia de siglos y de cientos de miles de singladuras por todos los rumbos de la mar. El sol, la luna y las estrellas, el viento, el color del mar, el salto de los peces, el brillo y la altura de las olas, el marejón de fondo, hasta el olor del aire, sirve al pescador de aquellos tiempos —y de éstos— para orientarse. No es fortuito que en el viaje de las tres carabelas, Colón se aconsejara de navegantes vascos. Ellos conocían el secreto del fondo inabismable y habían adivinado el gran misterio del océano que parecía insoluble pero que les hacía guiños desde lejos para tentarlos a la gran aventura.

Nuestra tierra es tierra de oficios: de gente avasada al servicio. Se sirve aquí a una idea, a un Rey, a una vocación, a un propósito. Nuestro Basterra cantó en admirables estrofas el hu-

El pasado agosto, el alcalde de Motrico, don Francisco Lecube, ofreció en honor del nuevo ministro de Justicia, don Antonio María de Oriol, un "marmitako" que tuvo lugar en las Casas Consistoriales y al que asistieron el ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, y un centenar de personalidades llegadas de las tres provincias. Al término de la reunión, don José María de Areilza ofreció el homenaje con unas palabras cuyo texto íntegro ha publicado la revista "Vizcaya", editada por la Diputación de aquella provincia y que por su interés a continuación reproducimos.

milde, y soberbio a la vez, sentido de los oficios del vascongado, simbolizado en lo que él llamaba el espíritu ignaciano del país que Loyola captó en toda su fuerza y profundidad poniéndolo al servicio de Dios y de su gloria. ¡Qué error cometen los que no valoran en su recta medida esa característica del vascongado, medula de su ser! Hay quien trata a nuestra historia al haberse unido a la yunta de nuestros Reyes o al florecer de las lises de Francia. Pero, ¿qué hubiera sido de nuestra raza primitiva apegada a las montañas verdiazules entre el Adour y el río de Somorrostro, sin la llamada de las grandes culturas latinas, la de Francia y la de España? Fueron esas dos integraciones las que hicieron dar al vasco la medida entera de su intrínseco valor, el brillo espléndido de sus virtudes, la proyección exterior de sus talentos de raza. Leí hace poco una amargada reconvención de ese género. «Los vascos», decía el texto— han tenido que servir durante siglos a dos países ajenos al suyo —Francia y España— y a causas que les eran extrañas con olvido de su destino propio... Quien eso afirma parece olvidar la ley relevante de la historia del mundo. No hay epopeya o período destacado en el pasado de los pueblos que no posea, precisamente, ese episodio característico de servicio al interés ajeno que acaba siendo —egregiamente— el propio. Carlos de Gante, flamenco de nacimiento y educación cuyas armas presiden la fachada de este edificio, sirve al destino de España y lo ha convertido en la historia imperial. Napoleón, el de Córcega, italiano de lengua y familia, sirve a Francia identificándose con ella. Colón, genovés, es el que lleva más lejos el confin de las Españas. Trajano, andaluz, eleva al pináculo la obra de Roma. Y así podríamos multiplicar sin término los ejemplos ilustres.

Tienen los vascos, a través de la vida española, resonancia y presencia universales. No en vano, como recordara Unamuno en una estrofa famosa, España —español— quiere decir labio en la fonética vascuense. Por ese labio se abre nuestro pueblo a los otros y llega su mensaje al mundo entero. Poetas, escritores, filósofos, artistas, militares, místicos, políticos, diplomáticos, fundadores de ciudades, aventureros, marineros, llenan las páginas de nuestra historia que es la historia común de las Españas. Yo creo que se puede y llega su mensaje a la humanidad, una teoría destacada de vascos universales que representan quizás las facetas primordiales de nuestro carácter a lo largo de los siglos. No es la lista completa, ni mucho menos exhaustiva: López de Ayala, el Canciller; Vitoria, el jurista; Loyola, el fundador; Peñafloreda, el reformador; Churrucua, el deber; Zumalacárregui, el genio militar; Iparraguirre, el jugador. Y para terminar, don Ego, el novelista, y don Miguel, el pensador. Esta brevedad de la raza. Cada uno de estos personajes aporta, en su complejidad vital, un gesto, un símbolo, un carácter definitorio.

El Canciller alavés es el político por excelencia; sirve al Rey, o mejor dicho a los Reyes, sucesivamente, con lealtad para todos que a veces se pierde o ingratitud pero que no es sino fidelidad a un orden superior, el del interés de Castilla, entonces núcleo integrador de España. Don Pedro López de Ayala, gobernante, embajador, historiador, poeta, confidente de reyes, es la primera personalidad de su tiempo y el vascongado, señor del siglo. En él se aúnan astucia y lucidez, cautela y porfía, entendimiento y audacia. La melancolía empuja el relato de sus memorias palaciegas con un leve dejo de amargura y desasimiento.

Llega Francisco de Vitoria al mundo intelectual y universitario de su época con un vigor y un desenfado que hace temblar a los solemnes doctores que asesoran al Papa y a los príncipes cristianos. Lo que Vitoria afirma es una comunidad internacional universal en la que también impera una ley natural y un bien común de todos, incluidos gentiles, paganos y herejes. Lo que discute y analiza es el fundamento ético de las conquistas hechas en nombre de la fe de Cristo. Lo que examina y compendia son los causas de la guerra justa, la guerra para lograr la paz, la paz con justicia. Ha nacido el moderno derecho de gentes, el derecho internacional. Es otro vascongado, alavés también, el que aporta ese elemento decisivo al progreso humano.

Isigo de Loyola, vocación tardía de un militar herido, arrogante y licencioso, nos da al gran organizador de la raza, el fundador de la Compañía. El servicio como ideal de vida se sublima aquí para convertirse en el ejército de Dios. Normas perfectas, trazan la estructura de la fundación layolana. Gimnasia espiritual, alístima, de rendimiento máximo, dispone a jefes, oficiales y soldados para el gran combate. Si los cosmonautas exploran hoy con inverosímil audacia el espacio exterior, no creemos haya nadie alcanzado la profundidad de San Ignacia en la rebuena del espacio interior. Su Compañía es la obra maestra del espíritu vascongado.

Un aristócrata joven, de gran fortuna y noble linaje, campechano y bohemio, culto, refinado, abierto a todos los rumbos, adivina hace doscientos años cuál es la rémora esencial de la vida española del setecientos. España está a punto de perder la diligencia. No tenemos enseñanzas modernas de las ciencias naturales. No conocemos todavía las técnicas de su aplicación. Peñafloreda pone en marcha su academia dialogante. Los Amigos del País, los caballeros, se reúnen, discuten, experimentan, viajan, traen novedades científicas, aparatos de ensayo, laboratorios, sistemas de cultivo y de fabricación. ¡Qué importa que este generoso intento se malogre en el tiempo y tarde muchas décadas en florecer! La semilla está ahí, guardada en

nuestra tierra, amorosamente, esperando que la sangre se seque y que el ruido del cañón y el galope de los escuadrones deje de agitar el ambiente de nuestras verdes laderas. Guipúzcoa y Vizcaya, Casca con dos siglos de ser las más pobres, a ser las más ricas provincias de España. La ciencia ha hecho el milagro. Peñafloreda ha puesto en pie un secreto tesoro de la raza: la capacidad empresarial, base del capitalismo industrial moderno.

Otro hidalgo, fino de silueta, esbelto, pálido, enfermizo, siente la vocación de la mar a cuya vera ha nacido. Es Cosme Damián de Churrucua que vivió su adolescencia en las calles y plazas de esta villa. Descuella en la ciencia, en las matemáticas, en la astronomía. Cartógrafo eminente, levanta durante años los mapas de la América española del Caribe al Magallanes. Caballero como el Conde, corresponde en los interregnos de paz con sus colegas los astrónomos, geógrafos y matemáticos de Londres y París. Sueña en devenir Director del Observatorio de Madrid para dar de su escasa salud, siempre alterada. Pero en esto llegan nuevas de otra guerra marítima contra Inglaterra, aliados ahora, nosotros, a Bonaparte. Churrucua deja instrumentos, laboratorio y gabinete y se incorpora a la escuadra. Opina con discreción y acierto sobre la posible batalla y se resigna con ejemplaridad a cumplir unas instrucciones que considera inoportunas. Manda un buque de línea, Arenga a sus hombres. Lo prepara todo minuciosamente, entra en combate con la fiera del león. Lucha contra dos, contra tres navios enemigos. Cae herido. Resisten él y su navio hasta la muerte. Si el doncel Sigüenza, Vázquez de Arce, inmortalizado en su sepultura, simboliza la hermandad de las armas y las letras, Churrucua, el doncel vascongado, representa la de las ciencias y las armas, síntesis de la sabiduría y del heroísmo, lección suprema de que también los cerebros privilegiados saben cumplir con sencillez el deber de luchar y de morir por la Patria.

Ha llegado la hora triste de los grandes fratricidios: 1833. El coronel, al borde del retiro, lumia en sus horas vacías la gran tienda de enseñanzas técnicas y estadísticas que el torbellino napoleónico ha desencadenado sobre Europa. Era muy joven el coronel cuando actuó con los guerrilleros de Mina. Pero allí aprendió la lección del combate desigual apoyado por la población y la población hostil al invasor. Trae fuerzas regulares muy superiores. La guerrilla, como sistema, la sacó de la tradición secular ibérica otro coronel español, don José Vallejo, en la guerra de sucesión de 1700. De allí tomó Federico de Prusia, gran experto en tácticas. Frente a Napoleón en la guerra de los seis años, 1808-1814, España llevó esa táctica al pináculo. Pero el coronel guipuzcoano don Tomás de Zumalacárregui piensa que aún puede mejorarse ese instrumento de combate y de guerra revolucionaria que ha inspirado siglo y medio después a Mao-Tse-Tung.

En tres años el Tío Tomás levanta el solo un ejército. No tiene nada cuando empieza, excepto su talento, su experiencia, su conocimiento del terreno y el saber que el país le era adicto. La gesta de sus acciones, todavía no bien descritas, es un compendio fabuloso de organización, disciplina, arrojo, estrategia y disimulo. Cuando los adversarios van, Zumalacárregui está de vuelta. Irán cayendo ante sus tropas improvisadas, mal nutridas, pobremente armadas, los ejércitos cristianos y los generales de mayor renombre. Pero la inevitable envidia española asoma su cabeza resen-



La olla común es el plato de resistencia, el marmitako.

tida en los círculos que rodean al pretendiente. Hay que evitar que el Tío Tomás se desmande y se crea jefe supremo. Se le obliga a campañas absurdas cuando ya tiene sus miles de hombres adiestrados, sus batallones del requeté listos para atacar por Salvatierra, Vitoria, Miranda y Burgos, camino de Madrid. Llega entonces la orden de sitiar Bilbao. El destino lo aguarda allí para segar el hilo de su vida. El Tío Tomás da la más alta medida del genio militar de los hombres de nuestra estirpe.

Nuestra tierra ha quedado entristecida por la guerra de los cristinos y los carlistas que se medio acaba en Vergara. Mucha sangre ha corrido. Muchos hogares están vacíos. Muchos hombres han quedado inútiles o gravemente heridos. Entre éstos hay uno, joven, de bella presencia y espesa barba rubia al que don Carlos hizo miembro de su guardia personal al saber de su mutilación. Y este ex-combatiente que lleva en su pecho una melódica infinita, se ha echado a los caminos, con su guitarra al hombro, sacándose del corazón las más bellas canciones populares. Iparraguirre toca y canta y el país se va poniendo en pie tras él. Nuestra tierra necesita oír su música, las estrofas de su nimen propio. Esas notas misteriosas tienen pronto un alcance inmenso, universal, de explosión romántica. Echan de la tierra al jugador porque dicen que pone en peligro la paz pública. ¿La paz pública? Lo que pone, no en peligro sino en vilo, es la vieja conciencia vascongada que había sufrido ya serios zarpaos con la derrota de don Carlos María Isidro.

Hubo luego otro fratricidio y otra derrota. Y el país, malherido, se recobra poco a poco y mientras pone en marcha vigorosamente su industria y su comercio, va recorriendo los episodios de antaño, rumiando su vida aldeana o navegando por los siete mares. Un hombre de aspecto triste, humilde y errante según sus palabras, va a recoger en sus libros la esencia poética de la tierra vasca, el atardecer sereno en los caseríos, el ritmo lento de la

vida en las pequeñas ateglesias bajo la lluvia, el recuerdo vivo de las hazañas guerreras, de los conspiradores, de los contrabandistas, de los aventureros de tierra y mar. Don Pío Baroja ha levantado un mundo entero novelado con su cortejo de personajes que se afanan, trabajan, luchan, y mueren, teniendo como fondo el telón verde, dulce y humilde del país.

Y al final de esta galería de personajes, don Miguel, cuyo centenario hace poco conmemoramos. Don Miguel el banderizo, hombre de lucha, de peles, de contradicción. Su espíritu tormentoso y atormentado, se revolvía incesantemente en la búsqueda de Dios. Tenía hambre de inmortalidad y dudas de su vigencia. Su ángel y su demonio combatieron dentro de su alma con fiera saña. «Venso, Señor, deshecho del duro breagar...», reza su epitafio en Salamanca. Unamuno escritor, Unamuno poeta, quedarán para siempre en la antología de nuestra lengua. Este vasco de pura estirpe, euskeraparlante desde su niñez, moldeó el castellano en formas egregias de original tersura. Y al hacerlo afirmó el espíritu de España en textos inolvidables. ¡Supremo y conmovedor ejemplo!

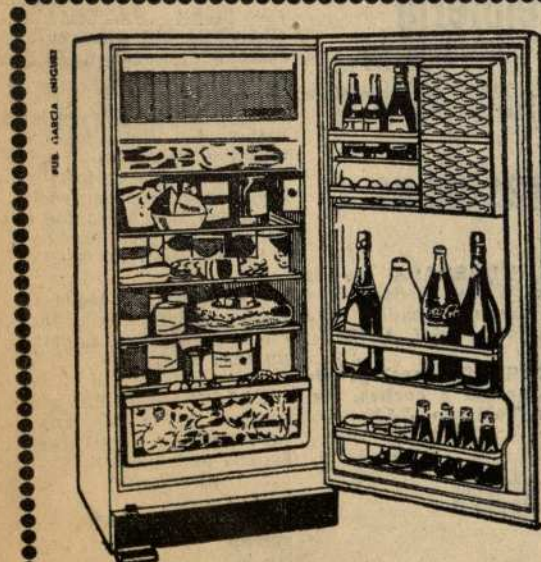
Después de este largo y fecundo período de paz del 39 acortado por la guerra, la fuerza es que hablen de todo en esta hora de las confidencias e intimidades.

Un gran sector numérico del país vasco, hay que reconocerlo, se disoció en las últimas décadas de la trayectoria conocida y siguió caminos de atroz desvío que culminaron en tragedia. ¿Por qué cerrar los ojos a la realidad? Yo creo que esta triste discordia tuvo su origen, entre otras cosas, en un exceso de amor, en un fanatismo localista que acabó en desafuero, algo así como un crimen pasional. El fervor exaltado, sin mesura, sin equilibrio, por el país, se empezó a desorbitar cuando el ambiente estaba cargado de tensión emocional en la segunda post-guerra carlista. El error nacionalista fue un querer demasia-

do, un cariño que mata, una ilusión óptica que acabó en dislate. Creo que a treinta años de distancia es así como hay que enfocar las cosas para integrar todo lo que sea preciso integrar en el empeño de conseguir la unanimidad española.

Asistimos ahora al comienzo de una etapa decisiva para el futuro del país, para el futuro de España. El relevo de las generaciones, inevitable —y una forma de Estado asegura una historia— dura tres generaciones —se viene haciendo poco a poco. El desarrollo económico, la nivelación social, la perspectiva del mañana europeo, abre horizontes vastísimos al quehacer común. Un gran espíritu de nuestros días, que murió sacrificado en Bilbao, Joaquín Abaño, pronosticaba ya en 1935 que la tarea de los creadores de la Vizcaya y Guipúzcoa modernas que puede resumirse en dos docenas de nombres que todos conocemos y que encabezaba sin discusión el imper Victor de Chávarri, no tendría ese signo en lo sucesivo y que sería, por el contrario, empresa colectiva. Los argumentos de Adán se refuerzan hoy en considerable medida. Una minoría entusiasta, activa, hermanada, solidaria, bajo el signo de los vascos eminentes, con espíritu de servicio a España, es la que debe llevar a cabo esta gran empresa que nos espera: Levantar, cooperando a la tarea de los demás españoles, un Estado que dure cien años, con líneas y estructuras flexibles y armoniosas, adaptadas al signo de nuestro tiempo y apoyado en la voluntad nacional.

Y a ti, querido Ministro de Justicia, que nos honras con tu presencia juntamente con tu colega Fernando Castiella, otro vascongado de pro, te decimos, para terminar, lo que muchos piensan hoy en el país. Si la Justicia es esa balanza delicada de la que decía el clásico que sostenía el equilibrio de las coronas sobre la cabeza de los Reyes; si la justicia es dar a cada uno lo que le corresponde, nosotros creemos que hace falta y te lo pedimos, un poco más de justicia para estas provincias vascongadas que tanto han contribuido y cooperado a la riqueza, a la prosperidad y al engrandecimiento de España.



Distribuidores
en Guipúzcoa

El frigorífico de mayor capacidad con el mínimo espacio
Cubeta de porcelana vitrificada

IGNIS

el nombre de la calidad

GALERIAS CENTRAL, Miracruz, 10 GALERIAS SOL, P. Duque Mandas, 51 CENTRAL MATERIALES ELECTRICOS, Sancho el Sabio, 6 JESUS VALORIA, V. del Carmen, 12 ELECTRICIDAD ALTUBE JOSE MARIA AGUIRRE FERRETERIA UGARTE RAMON EGAÑA ARTEGUI TELE RADIO FANTASIO	SAN SEBASTIAN SAN SEBASTIAN SAN SEBASTIAN SAN SEBASTIAN ARECHAVELETA AZPEITIA CESTONA EIBAR ELGOIBAR IRUN	CASA MELCHOR CASA GAECHE ELECTRICIDAD MATA RADIO ORIA R. QUINTANA ELECTRICIDAD CANAL ELECTRONICA Y T.V. JUAN ORMAZABAL JOSE MARIA RIANO ELECTRICIDAD SANTA MARINA RAMON IRIGOYEN	PASAJES RENTERIA RENTERIA RENTERIA RENTERIA TRINCHERPE VERGARA VILLABONA VILLAFRANCA ZARAUZ ZUMAYA
---	--	---	---